

Juan Manuel de Prada
La pierna de Peter Parker



COLECCIÓN HISTORIAS DE LA CLÍNICA
CLÍNICA UNIVERSITARIA DE NAVARRA



La reproducción total o parcial de este libro no autorizada por los editores viola derechos reservados y está totalmente prohibida. Cualquier utilización debe ser previamente autorizada.

© 2007 Juan Manuel de Prada

© Para esta edición:
Clínica Universidad de Navarra.
Avenida Pío XII, 36
31008 Pamplona, Navarra, España.
www.cun.es

Ilustración de cubierta: Luis Grañena.

Dep. Legal: NA 3.644-2007

EDICIÓN NO VENAL



El autor

Juan Manuel de Prada nació en Baracaldo, Vizcaya, en 1970, aunque pasó su infancia y adolescencia en Zamora. En 1996 debutó con la monumental 'Las máscaras del héroe', con la que obtuvo el premio Ojo Crítico de Narrativa de RNE. En 1997 ganó el Premio Planeta por 'La Tempestad', novela traducida a una veintena de idiomas. Además, ha publicado 'Las esquinas del aire' (2000), 'Desgarrados y excéntricos', 'La vida invisible' (2003) por la que recibió el Premio Primavera y el Premio Nacional de Narrativa, y 'El séptimo velo' (2007). Su labor como articulista ha merecido los más prestigiosos premios, entre ellos el César González-Ruano y el Mariano de Cavia.

JUAN MANUEL DE PRADA

La pierna de Peter Parker



Clínica Universidad de Navarra

Índice

La pierna de Peter Parker	6
Agradecimientos	59
Historia clínica	60
Sobre la colección	61
Colección Historias de la Clínica	62

La pierna de Peter Parker

LEANDRO me mira con ojos absortos y desconfiados. Todo su rostro se resume en esos ojos adultos que parecen como trasplantados a su rostro de apenas cuatro años: ojos de una inteligencia vivaz, acendrada en el sufrimiento, que no dejan escapar ripio de cuanto acontece en su derredor; ojos inquisitivos que apenas parpadean, que tratan de entenderlo todo, que buscan en las reacciones de su interlocutor un atisbo de zozobra o vacilación.

—¿Y tú qué vas a hacerme? —me pregunta.

Hace una mañana limpia, esmaltada de una luz que anticipa el otoño. Nos hemos encontrado en el vestíbulo de la Clínica Universitaria de Navarra, adonde Leandro acude para su sesión cotidiana de rehabilitación. Lo acompaña Vicente, su padre, un hombre que frisa en la treintena, de rasgos amables y mirada pudorosa, mucho más pudorosa que la de su hijo.

—¿Qué vas a hacerme?—insiste Leandro.

—He venido a contar tu historia. La historia de tu pierna—lo tranquilizo.

Leandro aún me mira con algo de aprensión. No acaba de creerme. Me escruta detenidamente, tratando de hallar en mi indumentaria algún signo distintivo de la profesión médica.

—El señor es escritor—interviene su padre—. No te alarmes.

Leandro lleva una visera que le viene algo grande y le otorga un aspecto travieso, vagamente retador. Al fin sonríe tímidamente, enseñando una dentadura un poco desigual, lastimada por la caries.

—Me han dicho que te gusta mucho Spiderman —trato de ganarme su confianza—. Dentro de poco ya podrás trepar por los edificios, como tu héroe.

Miro su pierna, que todavía está un poco enclenque, tras los meses de convalecencia e inactividad. Leandro viste un chándal que le queda muy holgado, como si en cualquier momento fuese a saltar de la silla de ruedas para bailar un rap. Mueve su pierna izquierda con legítimo orgullo, tratando de demostrarme que no es un tullidito, tratando de demostrar que, en efecto, pronto podrá trepar por los edificios.

—¿Tú has visto la película de Spiderman?
—me pregunta.

—Naturalmente que sí.

—¿Y sabes cómo se llamaba en realidad?

—Peter Parker. Así voy a llamarte a partir de ahora.

Noto por un instante que se ha entablado entre nosotros una corriente de complicidad.

Le guiño un ojo, y Leandro asiente con conformidad: de su mirada se ha retirado la desconfianza, su mirada ha vuelto a ser la de un niño de cuatro años que sueña con superhéroes.



LEANDRO nació en Biblián, un pueblo al sur de la República del Ecuador, enclavado entre montañas. Como tantos otros pueblos del país, ha conocido la diáspora de la emigración. Muchos de sus jóvenes marcharon a Estados Unidos, en busca de trabajo. Los que quedaron en el pueblo se dedican mayoritariamente a la agricultura, también a tejer sombreros panamá y elaborar quesos, ocupaciones que seguramente no serán muy rentables. Su padre, Vicente Calle, también había nacido allí, hijo de

un maestro que llegó a graduarse como abogado y que durante algún tiempo regentó una tienda de abarrotes. En el pueblo los apodaban 'los burros', porque un antepasado suyo criaba acémilas, y también en honor a la terquedad característica de la familia; terquedad que a la postre sería la salvación de Leandro, como a continuación se verá.

Vicente estudiaba ingeniería eléctrica en la Universidad Salesiana de Cuenca. En la festividad de Nuestra Señora de los Ángeles, el 2 de agosto, que en Biblián se celebra por todo lo alto, Vicente conoció a Amparo, mientras asistían ambos como espectadores a una carrera de moto-cross. Ella le sacaba seis años: pero la diferencia de edad no fue motivo disuasorio para Vicente; tampoco la disparidad de sus gustos musicales (Amparo prefería a Enrique Iglesias, Vicente a Iron Maiden y Héroes del Silencio). Le gustaron sus ojos verdes y sus pechos; también su sonrisa, y hasta el mote con el que era conocida en el pueblo: 'Aguacate'. Casi sin darse cuenta, Vicente se enamoró de Amparo;

y empezó a requebrarla con la tozudez propia de su linaje. Naturalmente, el cortejo le exigió algunos sacrificios: tuvo que dejar de frecuentar a los miembros de su pandilla; y también se resignó a abandonar su indumentaria un tanto hippie o descuidada. Amparo, por su parte, tendría que hacer frente a los cotilleos de sus amigas, algunas de las cuales le advertían sin rebozo: “¡Tú estás loca! ¡Cómo te vas a arrimar a un niño!”. Pero Amparo estaba dispuesta a que ese niño se convirtiera en su novio; tal vez porque, mientras lo amaba, se sentía como una niña.

Fue un noviazgo largo, a la antigua usanza, un noviazgo de casi cuatro años que entretuvieron con caminatas que se alargaban hasta el crepúsculo por la quebrada de Pillcomarca, por las veredas que zigzagueaban por las cordilleras de Cauca y Rayoloma. Alguna noche también se pusieron a contar las estrellas, a orillas del río Burgay, mientras pensaban en su futuro, que a veces se les figuraba ameno como un prado donde retozan los niños y otras aguzado de emboscadas, como suele ocurrirles a todos los

enamorados desde que el mundo es mundo. Sólo podían verse los fines de semana, porque Amparo era maestra en La Troncal, a tres horas por carretera de Biblián.

—Cuando nos casemos, no podremos seguir así—le dijo una noche—. Tengo que encontrar plaza en una escuela más próxima.

Vicente ya había pensado en ello. También había pensado que tendría que abandonar sus estudios y buscar trabajo, para sumar su sueldo al de Amparo, que no daba para sostener una familia.

—¿Y cómo lo harás?

—Hay un profesor en la escuela de Zumbahuayco que se marcha a los Estados Unidos. Podría cambiar con él la plaza.

—Pero seguro que no lo hará a cambio de nada...

Amparo se abrazó a él con fuerza; sentían que sus sangres se anudaban y que bullían impulsadas por un mismo corazón.

—Pide dos mil dólares. ¿Crees que podremos juntarlos?

Vicente siguió contando las estrellas, para mitigar el susto. Eran más de dos mil, y parecían al alcance de la mano. Pero estaban más lejos de lo que podía imaginar.



SE casaron el 3 de mayo de 2002, fiesta de las Cruces, en el juzgado, y una semana más tarde celebraron la ceremonia religiosa. Cuando la vio aparecer vestida de blanco en la iglesia, Vicente cerró por un momento los ojos, anegado de felicidad. Había conseguido trabajo en el departamento de electrónica de una fábrica de neumáticos de Cuenca, donde ganaba un sueldo de cuatrocientos dólares mensuales,

una cifra que sumada a los doscientos que le pagaban a Amparo en la escuela les permitiría vivir sin demasiadas estrecheces. Y tener hijos. Ambos estaban deseosos de tener hijos.

Durante los primeros meses de matrimonio, aún tuvieron que resignarse a vivir separados durante los días de labor. Vicente había alquilado temporalmente una casa muy pequeña, un cuchitril donde rumiaba su soledad, esperando que llegase el viernes, para poder mirarse en los ojos verdes de Amparo. Cuando por fin ella consiguió la plaza en la escuela del caserío de Zumbahuayco, se decidieron a alquilar otra casa mayor. Iban a necesitarla, porque el vientre de Amparo había comenzado a crecer. Vicente lo acariciaba con unción y perplejidad; a veces sentía que algo se removía allá adentro, una vida nueva deseosa de incorporar su respiración al mundo. Lo hacía sentirse orgulloso, también lo intimidaba: día tras día, se creía protagonista de un milagro.

—¿Cómo lo llamaremos? —le preguntó Amparo.

Solían hablar mientras estaban en la cama, aguardando el sueño. Sus bocas, ante la inminencia del parto, se convertían en cornucopias de palabras. Vicente acababa de leer un libro con adaptaciones de las fábulas de Esopo. En una de ellas, protagonizada por una rana, aparecían tres niños, incansables urdidores de travesuras. Uno de ellos se llamaba Leandro; el nombre le había gustado, o tal vez fuese que le había gustado la fábula.

—¿Qué te parece Leandro?

Amparo sonrió, complacida: el nombre le parecía eufónico, digno de un príncipe. Pero le daba un poco de pena que se perdiese el nombre de su marido:

—Vicente Leandro mejor, si no te parece mal.

—Vi-cen-te Lean-dro —silabeó él, paladeando cada letra—. Está decidido.

Y volvió a posar su mano sobre el vientre de Amparo, sellando el pacto. Vicente Leandro

bullía incansable, bogando en su habitación submarina. Todavía seguía bullendo cuando sus padres se quedaban dormidos.

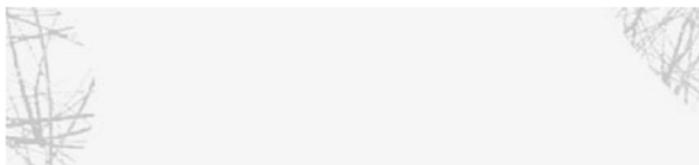


VICENTE Leandro nació el 23 de febrero de 2003. Hubo fiesta en la casa, muchas visitas, familiares y amigos que felicitaban a los padres y los aturdían con sus parabienes. Ellos estaban pletóricos de una felicidad nueva, y también acongojados, como todos los padres primerizos: el amor que los había mantenido absortos el uno en el otro se materializaba ahora en aquel niño que cada noche los desvelaba con su llanto, que cada día los mantenía en un estado de ajetreo y alborozo, de exultación y zozobra. Comprobaron que la vida se inaugura otra vez el día en que nos hacemos padres: era

como si la supervivencia de la especie, como si la propia supervivencia del mundo se cifrara en aquel frágil cuerpecillo que convertimos en el tabernáculo de nuestra fe. Leandro se pasaba la mayor parte del tiempo dormido, exiliado del tiempo que rige los vanos afanes de los hombres, casto y voluptuoso como el cisne que ignora su belleza o el rocío que estremece la hierba. A veces manoteaba, como si apartase entre sueños una telaraña, o fruncía el morrito, o se desentumecía con esa dulce mansedumbre que muestran los cachorros, cuando el sol hierre las brumas de su letargo. Vicente y Amparo lo veían crecer en un estado que participaba del sobresalto y la beatitud: cada vida que nace es un enigma que excede nuestra capacidad de comprensión; antes que ocuparnos estérilmente tratando de descifrarlo, conviene que nos entreguemos a ella con placidez y temeridad, como los pájaros se entregan al aire que los sostiene.

Nada le gustaba tanto a Vicente como ver a Amparo amamantando a Leandro. Había algo

religioso en aquella ceremonia que se repetía varias veces al día, una epifanía que parecía transmutar la realidad. El recogimiento de Amparo, la glotonería instintiva de Leandro, componían juntos una estampa que suspendía el universo físico: nada fuera de ellos le importaba, era como si todos los afanes que rigen una vida se declarasen en huelga, absortos ante la íntima, secreta majestad de aquel instante.



LEANDRO creció sin tomar nunca un biberón. A medida que dejó atrás la lactancia, pasaba más tiempo con su padre, que apenas concluía su jornada nocturna en la fábrica de neumáticos corría a darle el relevo a Amparo, a quien reclamaban sus obligaciones en la escuela de Zumbahuayco. Leandro aprendió a cami-

nar sin pasar antes por el estadio intermedio del gateo, como si quisiera ahorrarse trámites en su descubrimiento del mundo; en esto también se notaba que iba a ser un niño precoz, aunque tanta precocidad le fuese a costar algunos coscorriones. Pero la curiosidad podía más en Leandro que los coscorriones: tan pronto como empezó a farfullar las primeras palabras, esa curiosidad se multiplicó en progresión geométrica, ansiosa de volcarse sobre cualquier fenómeno que captase su atención. En unos pocos años, Vicente se sorprendió tratando en vano de satisfacer ese alud de curiosidad sin traba ni esclusa, concretada en preguntas para las que Vicente no siempre tenía respuesta, preguntas que lo hacían sentirse también niño, preguntas que ponían a prueba su sabiduría satisfecha de adulto, que casi siempre es la máscara de comodidad que nos ponemos cuando la vida deja de interpelarnos. Al lado de Leandro, mientras atendía su curiosidad insomne y enciclopédica, Vicente volvía a sentirse niño, volvía a mirar

las cosas con una mirada recién estrenada. Cre-
cer es deteriorarse.

Amparo, entretanto, había vuelto a que-
darse embarazada, esta vez de gemelos. Este
crecimiento de la prole los obligaría a reclamar
un poco de ayuda de sus respectivas familias.
Con frecuencia era Narcisa, la madre de Vicen-
te, una mujer curtida en la crianza de niños, la
que se encargaba de echarles una mano. Fue
Narcisa la primera en advertir que Leandro co-
jeaba:

—¿Te has fijado? El niño parece que cami-
na con dificultad.

Se le notaba, sobre todo, cuando bajaba las
escaleras. Vicente acababa de regresar del tur-
no de noche, allá en la fábrica de neumáticos,
y andaba ocupado en la confección de un pe-
queño armario para guardar las herramientas.
A Vicente siempre le había gustado probar su
maña en pequeñas chapuzas domésticas.

—¿No le apretarán los zapatos? —preguntó,
casi sin prestar atención, enfrascado en su tarea.

Narcisa se acercó a Leandro, palpó la puntera de sus zapatos, se los desató, probó a sacárselos y volvérselos a poner. El niño seguía renqueando.

—¿Dónde te duele? Dímelo.

Leandro se señaló la rodilla izquierda, que parecía inflamada. Había en su gesto una aceptación compungida del dolor. Su abuela Narcisa probó a restregarle la zona resentida con mentol.

—Enseguida se te pasará —dijo, tratando de tranquilizarlo, tratando de tranquilizarse.

Pero Leandro no dejaba de cojear. Había algo en sus andares de pájaro que no puede alzar el vuelo, de pájaro alcanzado por el plomo. La rodilla se le había inflamado a ojos vistas. Vicente, ocupado en su armario para las herramientas, lanzaba de vez en cuando una mirada atribulada a Leandro, que de repente parecía haber perdido esa vivacidad que lo caracterizaba; y, con la vivacidad, se había extinguido el brillo siempre curioso e inquisitivo de su mirada.

Una desazón inconcreta había empezado a remejarlo por dentro, como si de repente las entrañas se le hubiesen llenado de hormigas.

—Madre, vamos a llevarlo al centro de salud de inmediato.

Leandro apenas se quejaba, pero en él el silencio era la más ruidosa de las quejas.

Aguardaron en el centro de salud hasta que la doctora pudo atenderlos; se le notaba el cansancio de una jornada agotadora, ese residuo de vejez premonitoria que los quebrantos ajenos dejan en nuestra alma, a poco que nos esforcemos por comprenderlos. La hinchazón en la rodilla de Leandro parecía crecer a cada instante, como si dentro de él hubiese empezado a crecer un inquilino funesto. La doctora comprobó que, en efecto, al tocar la zona inflamada, el dolor del niño se agudizaba; pero no hallaba una razón que explicase aquel dolor.

—Tal vez se haya hecho una torcedura mientras jugaba —dijo, sin excesiva convicción—. Vamos a probar con un tratamiento de

diclofenaco, un antiinflamatorio que no suele fallar. En unos días Leandro estará como nuevo, ya lo verá.

Y esbozó una sonrisa que se le quedó coagulada en los labios, como lastimada por la fatiga. Vicente trató de corresponderle con otra sonrisa, pero las hormigas seguían devorando sus entrañas.



DURANTE tres semanas le administraron el diclofenaco, sin signos de mejoría. La cojera de Leandro era cada vez más ostensible; y más amedrentadora aún que la cojera era la tristeza que se había aposentado en su mirada, como un velo de ceniza. Por indicación de un traumatólogo, viajaron a Cuenca, para hacerle radiografías. Tumbado en una camilla,

mientras aguardaba que la máquina de rayos X lo descifrara por dentro, Leandro parecía más desvalido que nunca; o, al menos, Vicente nunca había tenido tanta conciencia de su desvalidamiento. Tampoco había experimentado de un modo tan arrebatado y visceral el deseo de protegerlo, de brindarle cobijo. Cada minuto en la sala de espera, mientras aguardaban el veredicto del radiólogo, tenía una consistencia de estopa; cada minuto se le quedaba atorado en la garganta, y le impedía respirar. Al fin apareció el radiólogo; había una sombra de presentido pavor en su gesto.

—¿Quién está a cargo del niño? —preguntó, premioso.

Vicente se levantó; notó que las rodillas se le hacían de arena.

—Yo soy su padre —dijo en un murmullo.

Cruzó una mirada acongojada con el radiólogo. En torno a ellos se había hecho uno de esos silencios que sólo acontecen en los sueños y en las devastaciones.

—Acompáñeme, por favor.

Entraron en una habitación en penumbra. A Vicente le costaba distinguir los contornos de las cosas; sólo tenía ojos para las radiografías que resplandecían al fondo, como retratos de espectros atrapados en un descuido, iluminadas por una pantalla fluorescente.

—Mire aquí —le indicó el radiólogo.

Había una mancha gris a la altura de la rodilla, como un hongo o una gangrena que creciese alimentada por la luz fluorescente. Vicente sintió la pululación del miedo:

—¿Le pasa algo malo al niño?

El radiólogo tragó saliva. De repente, el rostro se le había poblado de arrugas, como si las palabras le brotaran arrancadas por un fórceps:

—Me temo que es un quiste óseo. Pero será mejor que lo consulte con un traumatólogo.

A Vicente lo acometió una impresión de irrealidad, la misma impresión pegajosa y as-

fixiante que a veces nos acomete en sueños:

—¿Un quiste óseo? ¿Y eso es grave?



Lo consultaron con varios traumatólogos, en Azogues y Guayaquil, y todos emitieron idéntico diagnóstico:

—Un quiste óseo, en efecto. Habrá que ir al quirófano. Se le hace un raspado y el hueso, con suerte, se le regenera.

Amparo y Vicente se miraban consternados. Siempre tenían la impresión de que se les estaba ocultando algo: la naturaleza de ese quiste, las complicaciones de la operación. Tal vez bajo esa impresión de ocultamiento se encubriese, en realidad, el desconcierto de los médicos.

—Tenemos que pensarlo... —balbució Vicente.

Ahora el traumatólogo dejó escapar un bufido de exasperación o impaciencia:

—Yo en su lugar no lo pensaría demasiado —hizo una pausa, procurando no resultar grosero—. Más bien lo consultaría con su bolsillo.

Amparo mantenía la mirada baja, escondiendo pudorosamente las lágrimas. Sus ojos de gata se habían oscurecido, estragados por el insomnio:

—¿Cuánto nos costaría?

—Seiscientos o setecientos dólares. ¿Podrán pagarlos?

Desde que nacieran los gemelos, apenas les alcanzaban los sueldos para llegar a fin de mes. Pero el dinero no era el problema; sus vacilaciones nacían de la escasa confianza que les inspiraban los médicos sucesivos que habían visitado. Decidieron probar fortuna en el hospital público Homero Castañer, en Azogues; allí,

otro traumatólogo emitió el mismo diagnóstico:

—Pero no botéis la plata a lo loco. Yo de vosotros lo operaría aquí mismo.

A estas alturas, Amparo y Vicente ya no sabían a qué atenerse. Leandro arrastraba cada vez más la pierna; apenas podía caminar ya, y cuando lo hacía semejaba un anciano apresado en el cuerpo de un niño.

—Y lo operaría sin pérdida de tiempo—institió el traumatólogo del Homero Castañer.

Vicente trataba de encontrar, entre la aceleración de los acontecimientos, un resquicio para la reflexión:

—¿No convendría que le hiciésemos una resonancia magnética antes?

—Es muy improbable que el quiste sea maligno, considerando la edad del niño. Pero eso queda a vuestra elección. Yo estoy dispuesto a operar mañana mismo.

Ambos se sentían desmoronados: en otras ocasiones, el desfallecimiento de uno se com-

pensaba con el ánimo renovado del otro, les bastaba entrelazar sus manos para hallar el sustento que les faltaba. Pero ya habían agotado toda reserva de ánimo: sólo deseaban, como el buzo que retiene la respiración mientras dura la zambullida, salir a flote, volver a respirar un aire que no estuviese infectado por la pesadilla.

—De acuerdo —resolvieron—. Esta noche ingresaremos al niño.

Mientras bañaban a Leandro en casa permanecieron mudos, en un silencio preñado de auspicios funestos que sólo quebraban las continuas preguntas del niño. Pero ya no era la suya esa curiosidad gozosa de quien aspira a colonizar el mundo, sino más bien la curiosidad desesperada de quien desea atrincherarse frente al mundo, de quien intuye que el mundo lo va a arañar con un dolor insospechado.

—¿Me harán mucho daño?

—Ni siquiera te enterarás —le mentían, tratando de que sus palabras sonasen convin-

centes y tranquilizadoras—. Y podrás volver a correr y jugar con tus amigos.

Aquella noche Vicente acompañó a su hijo, en la habitación del hospital Homero Castañar. Por la ventana entraba la luz de una luna leprosa y anubarrada. Ninguno de los dos logró conciliar el sueño. Los ojos de Leandro se iban agrandando a medida que discurría la noche, absortos ante un futuro que no comprendía del todo. Vicente lo tapaba amorosamente con las sábanas, le susurraba nanas, le enjugaba el sudor de la frente: notó, sin embargo, que un temblor incontrolable injuriaba sus manos, también su claudicante voz.



LA operación, programada para el medio día, se retrasó unas cuantas horas. Cuando, por fin, Leandro entró en el quirófano, el último vestigio de fortaleza que aún sostenía a Amparo y Vicente se desvaneció. Se repetían, como si se tratase de una letanía o un exorcismo, que todo saldría bien, que Leandro volvería a ser el de antes, que en apenas unos días el recuerdo de aquellas jornadas sería sólo la reminiscencia de una brisa amarga, que la angustia que ahora los derruía se habría escabullido para siempre.

O tal vez no.

El traumatólogo que había operado a Leandro fue más bien parco en sus explicaciones; y había algo esquivo en su mirada, una sombra de recelo o prevención:

—Era un tumor del tamaño de una mantequita. Pero no tenía aspecto de ser malo.

Algo les estaba siendo escamoteado. Vicente estaba harto de escuchar subterfugios y vaguedades. Preguntó, mordiéndose el enojo:

—¿No tenía aspecto? ¿Y no nos lo pueden decir a ciencia cierta?

—Hemos mandado analizarlo. Cuando tengamos los resultados saldremos de dudas.

Cuando Leandro salió del quirófano, aturcido aún por la anestesia, ofrecía un aspecto lastimoso, como de polluelo caído del nido. Horas más tarde, al recuperar la consciencia, empezó a quejarse de fuertes dolores que ni siquiera los calmantes que le administraron por vía intravenosa lograron calmar. Así, entre los ayes lastimeros del niño y la inquietud por el resultado de las pruebas de laboratorio transcurrió la noche, y las noches sucesivas, que juntas formaban una amalgama de tiempo viscoso, una sustancia indistinta en la que Vicente temía hundirse. Alguien le pasó entonces una estampa de la Virgen de la Nube, a la que se veneraba en el santuario de los padres franciscanos de

Azogues; y Vicente se aferró a esa estampa como el náufrago se aferra a su tabla de salvación: a sus labios acudieron las oraciones de la infancia, acudieron en tropel, como luminarias que aún conservaban un fuego que creía extinguido, acudieron como si las estuviese estrenando al susurrarlas en la penumbra de la habitación donde velaba la convalecencia de su hijo, con ese poder sanador que sólo poseen las palabras más antiguas y ancestrales, esas palabras que explican nuestra genealogía espiritual, el barro del que estamos hechos, la luz a la que sin descanso aspiramos. Pero esa luz pareció apagarse cuando recibió la llamada de su padre:

—Acaban de salir los resultados. Dicen que el tumor es maligno. Un osteosarcoma.

Vicente deambuló sin rumbo por los pasillos del hospital. Le parecía oír llantos repentinos y estrangulados, carreras desnortadas, un guirigay de gemidos que retumbaban en su cráneo y que tal vez sólo fuesen el eco de su desesperación. Un estudiante de medicina, preocu-

pado por su estado, corrió a asistirlo; Vicente lo tomó por los cuellos de la camisa, implorante:

—Mi hijo tiene un osteosarcoma. ¿Se va a morir?

El estudiante de medicina lo miró con infinita lástima o infinito horror. Pero un segundo después se recompuso, adoptando una actitud hermética:

—Será mejor que lo consulte con el doctor que lo operó. Él sabrá decirle...

—Se va a morir, ¿verdad? —gritó.

En su derredor se había formado un corro de personas que no sabían cómo consolarlo, que no sabían siquiera si su dolor admitía consuelo. Al tumulto acudió el traumatólogo que había operado a Leandro; ya tenía en su poder los informes del laboratorio. Un residuo de estupor o incredulidad atenazaba su voz:

—En un niño de sólo tres años... No puedo creerlo, no puede ser verdad. Hay que hacerle más pruebas.

A la mañana siguiente, a primera hora, Leandro salía en ambulancia con destino a la sede de la SOLCA (Sociedad de Lucha Contra el Cáncer). Una escayola cubría su pierna recién intervenida; el brillo de su mirada lo cubría la resaca de los calmantes, el rescoldo de un dolor que ni siquiera los calmantes podían mitigar. Vicente pasó a la consulta del oncólogo encargado de examinar el caso: un silencio huérfano se había posado sobre el mundo, deteniendo los relojes, la órbita de los planetas, el curso de la sangre en las venas.

—Dígame algo, doctor —suplicó, en un tono de voz que ya ni siquiera reconocía como propio.

El oncólogo volvía hacia la luz que entraba por el ventanal las radiografías que acababan de hacerle a Leandro. En su despacho se respiraba ese aire aséptico de los lugares de los que ha desertado la vida.

—Es cáncer, en efecto —tragó saliva antes de añadir, como en un estertor—. Y es mortal.

La dureza y el laconismo de aquel diagnóstico paralizaron a Vicente. Leandro seguía siendo el tabernáculo de su fe; una vida sin él se le antojaba un templo vacío, expoliado por los bárbaros. Salió del despacho y se tropezó con Amparo, que le demandaba con la mirada una respuesta. Pero no pudo decir nada, se le había quebrado la voz.

La vio derrumbada en el suelo, despedazada por el llanto, convertida en un gurrño del que había emigrado la esperanza. Y repetía, como en un bisbiseo:

—No quiero que muera mi hijo, no quiero que muera mi hijo...



PERO las posibilidades de que viviese se adelgazaban como el caudal de un arroyo en pleno estiaje. Al haber pasado ya ocho días desde la intervención, el peligro de metástasis aconsejaba la amputación de la pierna. Leandro reaccionó con vómitos a la primera sesión de quimioterapia. De su boca, llagada por los estragos de las soluciones que viajaban por su sangre, sólo brotaba una pregunta agónica, impropia de su edad: “Papá, ¿por qué a mí?”. Una pregunta para la que Vicente, pese a su edad, no encontraba respuesta. Trató de hallarla buceando en internet; pero toda la información que hallaba era igualmente desconsoladora: los diagnósticos en enfermos de osteosarcoma eran siempre poco halagüeños; y la tierna edad de su hijo, así como lo avanzado de la enfermedad, les añadían ribetes aún más sombríos. Vi-

cente supo que en México se había desarrollado una técnica que congelaba el hueso afectado con nitrógeno líquido que mataba el cáncer, pero dejaba la extremidad inservible. También probó fortuna telefoneando a algún hospital estadounidense, pero la respuesta siempre era la misma: no habiendo el niño iniciado el tratamiento bajo la supervisión de sus médicos, no podían arriesgarse a operarlo.

Pero Vicente era tozudo, tan tozudo como una bendita acémila. Una noche, en medio de sus navegaciones desveladas por internet, se tropezó con un artículo del doctor Mikel San Julián, de la Clínica Universitaria de Navarra, en donde se hablaba de “cirugía de conservación de la extremidad”. Aquel artículo incluía términos que le resultaban ignotos, explicaciones que desafiaban sus entendederas; pero, de algún modo misterioso, su lectura actuó sobre él como una suerte de sortilegio. Entre los escombros de su vida derruida, brotó de repente una pálida flor que no estaba dispuesta a marchitarse.

Leandro, entretanto, se estaba sometiendo a la segunda sesión de quimioterapia. Sus defensas estaban tan bajas que debía permanecer internado en el hospital hasta la fecha de la intervención, que sería el 26 de diciembre. El consejo médico del hospital se había reunido para estudiar el caso y había llegado a la conclusión de que sólo la amputación de la pierna ofrecía unas mínimas garantías de detener la voracidad del cáncer. A escondidas de su mujer, Vicente llamó a la Clínica Universitaria de Navarra y consiguió hablar con el director de su departamento de Pediatría, el doctor Luis Sierrasésúмага. Era una voz a la que todavía no podía ponerle rostro; pero había algo en su inflexión que transmitía aplomo, un benefactor sosiego. Por primera vez desde que Leandro empezase a cojear, allá a mediados de septiembre, Vicente tenía la certeza de haber encontrado lo que buscaba. El doctor Sierrasésúмага no quiso, sin embargo, infundirle esperanzas vanas:

—Su hijo es muy pequeño. A esa edad el osteosarcoma crece a una velocidad endiablada. Pero no puedo ofrecerle un diagnóstico fiable sin antes haber visto imágenes del estado de esa pierna. Mándemelas por correo electrónico, por favor.

Vicente lo hizo. Enseguida obtuvo respuesta: el cartílago de crecimiento no estaba del todo afectado, aún podía intentarse una intervención que no dejase a Leandro mutilado de por vida. Pero había que darse prisa, cada día era precioso. Quizá las expectativas no fuesen exactamente optimistas; pero Vicente se dejó contagiar de una trepidación parecida al entusiasmo.

—Sé dónde pueden curar a Leandro —le dijo a su mujer.

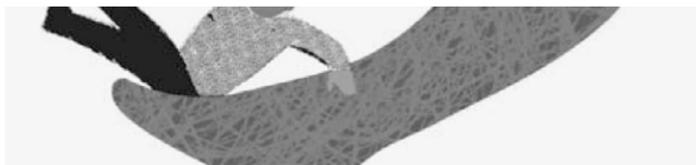
Ella no parecía participar de su confianza. Le asustaban las dificultades que se tropezarían en su viaje trasatlántico, las trabas burocráticas cada vez mayores que los ecuatorianos tenían que sortear para poder entrar en España, el

dinero que necesitarían reunir para afrontar una aventura de resultado incierto. Nada de esto intimidaba a Vicente, a quien sólo el tiempo acuciaba: pidió ayuda a unos amigos locutores de radio, Carlos Palacios y Denis Benavides, que se comprometieron a iniciar una colecta a través de las ondas; también sus compañeros de la fábrica de neumáticos quisieron sufragar su expedición trasatlántica con aportaciones que les obligarían a apretarse el cinturón durante varios meses; hasta la hermana del alcalde de Biblián promovió la recaudación de fondos a través de instituciones benéficas. Y así, en unas semanas, la esperanza de Vicente se convirtió en la esperanza desvelada de todo un pueblo, como si un ángel de Frank Capra hubiese decidido darse un paseo por aquellos lares. Amparo se encargaba de anotar en una libreta los nombres de todas las personas que estaban contribuyendo con sus aportaciones a la causa, no importaba cuán rumbosas o modestas fueran; ambos sabían, desde luego, que la deuda que estaban contrayendo con sus paisanos no era estrictamente pecuniaria.

Salvado el escollo del dinero, gracias al desprendimiento de sus paisanos, quedaba sin embargo el de las trabas burocráticas, acaso más arduo. La concesión del visado de entrada en España exigía la presentación de un certificado de la Clínica Universitaria de Navarra por el que se acreditase que los gastos de la operación no correrían a cargo de la Seguridad Social; también una invitación de un residente en España que se hiciese cargo de los visitantes y les ofreciera su domicilio; y otros mil documentos y acreditaciones, algunos refrendados por la firma de un notario. Una vez reunidos, en el consulado les dieron cita para el día 2 de enero, una semana después de la fecha que había sido fijada para la operación de Leandro en el hospital de Azogues: la operación que iba a dejarlo sin pierna para siempre, pero también la operación que podía salvarle la vida. Quizá el momento en que Amparo y Vicente decidieron que dicha operación no se realizase, confiándolo todo al albur de lo que sucediese en

Navarra, fue el más peliagudo: renunciaban a una solución cierta a cambio de una promesa de solución que tal vez se manifestase quimérica. La voluntad de Vicente tampoco flaqueó entonces: la operación del 26 de diciembre quedó suspendida; a cambio, un exhausto Leandro recibía el tercer ciclo de su tratamiento de quimioterapia.

Una certeza animaba a Vicente: el Niño cuyo nacimiento se conmemoraba por aquellas fechas no iba a dejar que su hijo se consumiese en un lecho de hospital, para finalmente morir.



LA tozudez y pertinacia de Vicente, y también la humanidad de algún funcionario

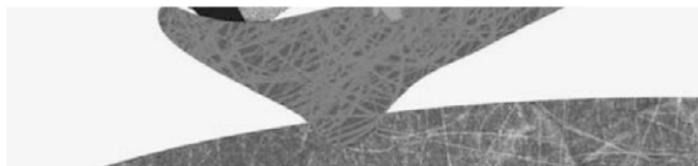
español en el consulado, les permitieron obtener el visado unos días antes de lo previsto. Lograron reservar plazas en un avión que debía salir de Quito el 30 de diciembre; pero de Madrid llegaban noticias que dilataron la partida: en el aparcamiento del aeropuerto de Barajas acababa de estallar una bomba, causando enorme destrucción; sepultados entre los escombros, habían muerto precisamente dos ecuatorianos que dormían en sus automóviles y no habían oído las órdenes de desalojo. Cuando por fin despertaron, en el avión se respiraba una atmósfera lastimada y funeral: dos compatriotas habían muerto, víctimas de una vesania que Vicente no alcanzaba a entender (tal vez porque fuese ininteligible), en la tierra a la que habían emigrado para entregar el vigor de su juventud. Si hubiese sido hombre supersticioso, Vicente habría interpretado aquella tragedia como un signo de mal agüero; pero lo movía una fe que repudiaba las supersticiones. Una fe que, mientras duró la travesía trasatlántica, se hizo plegaria, acompañando el viaje

a ultratumba de aquellos dos inocentes. A su lado, Amparo trataba de aquietar el sueño afiebrado y tumultuoso de Leandro: en su pierna, cada vez más hinchada, el cáncer seguía extendiendo su carcoma.

Perdieron el enlace con el vuelo a Pamplona que habían reservado. En su lugar, tomaron otro a Bilbao, y allí los montaron en un autobús que los conduciría hasta su destino, tan anhelado. Era la noche que despedía el año, una noche de un frío que taladraba el tuétano y entumecía el alma; la niebla extendía su manto lúgubre sobre el mundo. Había ido a esperarlos Juan Carlos Matute, un ecuatoriano residente en Tudela, amigo de un compañero de Vicente en la fábrica de neumáticos de Cuenca, el mismo que había cursado ante el consulado la invitación que les había permitido viajar a España. No lo conocía personalmente; pero Vicente lo abrazó con un brío que la consanguinidad no habría hecho más emocionado. En aquel abrazo viajaban su gratitud incontable, su esperanza a

prueba de contrariedades, su tristeza por los compatriotas sepultados entre los escombros.

Atolondradamente, incapaz de retener por más tiempo el tropel de emociones que se disputaban su entereza, Vicente lloró, abrazado a un desconocido que, en aquel momento, era más que un hermano. Y el calor de aquel abrazo exorcizó el frío de la última noche de 2006.



DEBIÓ de ser en la casa de Juan Carlos Matute donde Leandro vio la película protagonizada por un joven tímido y aturullado, un tal Peter Parker, que durante una visita a un laboratorio es mordido por una araña modificada genéticamente. A la mañana siguiente, Peter Parker descubre que la mordedura ha causado extrañas mutaciones en su organismo, dotán-

dolo de poderes insospechados: su cuerpo enclenque cobra una súbita musculatura; puede trepar sin dificultad por las paredes; de sus muñecas brotan telarañas a modo de lianas que le permiten columpiarse por los rascacielos. Todas estas habilidades adquiridas por accidente lo convencen de que, a partir de ese momento, debe consagrar su existencia a combatir los planes de siniestros villanos que ansían conquistar el mundo; y, para que su misión de paladín del bien resulte más verosímil, se embute una suerte de pijama o malla enteriza, con máscara incluida, que le permite actuar sin descubrir su verdadera identidad.

Hacia ya tres meses que Leandro no podía caminar. Tres meses postrado en una cama, con la pierna hinchada e inútil, convaleciente de una operación que se había revelado fallida, sometido a tratamientos arrasadores. Seguía siendo, aun en medio de la adversidad, un niño despierto, de inteligencia precoz: seguramente, no le habrían pasado inadvertidos la tribulación de sus padres, la actitud preocupada de los

médicos que lo trataban, los signos de piedad que inspiraba en todo aquel que conocía su dolencia; seguramente, habría llegado a concebir una existencia cercenada por ese mal inexplicable que lo corroía por dentro, habría llegado a imaginarse con una pierna orto pédica, o postrado para siempre en una silla de ruedas, ya nunca más capaz de participar en los juegos que mantenían entretenidos a los niños de su edad. La contemplación de aquella película le infundió una ilusión de gracilidad: mientras se dejaba vencer por el sueño, pensó que también él, como Peter Parker, gozaba de poderes insospechados que le permitían trepar por las paredes y descolgarse desde la azotea de los edificios, desafiando las leyes de la gravedad. Cuando despertó, aún le duraba aquella ilusión.

—¡Ay, me ha picado una araña! —gritó, sobresaltado—. ¡Me voy a convertir en Spiderman!

Y, apenas se despejaron las últimas hilachas del sueño, descubrió que se hallaba en una habitación desconocida. Era, desde luego,

una habitación de hospital; pero de un hospital muy distinto al de Azogues: reparó en el mobiliario menos vetusto, en la luz menos rúcana que entraba por el ventanal, en la reproducción de un cuadro de una Madonna renacentista que pendía de una de las paredes. Aprovechando que dormía, sus padres lo habían llevado a la Clínica Universitaria de Navarra, donde iba a permanecer ingresado durante los próximos meses. Una enfermera corrió a atenderlo; una sonrisa ancha iluminaba su rostro.

—Vaya, por fin despertaste. Ya pensábamos que eras la Bella Durmiente.

Leandro se enfurruñó:

—Cuidado, que estoy bravo.

Aquella advertencia estimuló la hilaridad de la enfermera:

—Vale, vale, torito. No te pongas así.

—Te advierto que soy Spiderman.

—¿Spiderman? Entonces te hace falta una máscara.

Leandro la miró con ojos inquisitivos, desconfiados. Pero acabó asintiendo: por supuesto que necesitaba una máscara. ¿Cómo, si no, podría combatir a los siniestros villanos que ansiaban conquistar el mundo sin delatar su verdadera identidad?



SE encargó de confeccionársela Míriam, la pedagoga a la que cada mañana sorprendía con su inteligencia vivaz y siempre avizor. Leandro no tardó en cautivar a las enfermeras de su planta con un vocabulario de una riqueza impropia de su edad, con sus expresiones pintorescas, en las que todavía palpitaba un castellano recio, bullicioso, ya casi perdido a este extremo del Atlántico.

—Que Dios la bendiga—era la expresión que solía utilizar para agradecerles cualquier deferencia.

Pero no todo en él era afabilidad; también sabía, como le gustaba advertir, “ponerse bravo”. E, inevitablemente, había desarrollado cierta prevención hacia cualquier persona que vistiese una bata blanca: intuía que allí donde asomaba una de estas prendas se anunciaba una nueva sesión de quimioterapia, una nueva visita al quirófano, una nueva estación en su particular vía crucis. A veces, cuando se le acercaba un médico que no conocía, lloraba; lloraba como un becerro.

—Abre más la puerta—le pedía con frecuencia a la pedagoga Míriam, para asegurarse de que sus padres estaban en el pasillo y así sentirse más protegido.

A todos sorprendía con su desparpajo. También a su padre, con quien solía rezar por las noches. Cuando improvisaba una plegaria en voz alta, no se privaba de lanzarle una pulla: “Diosito, cúrame y cuida de mis ñaños —así se llama en

la región de Guayaquil a los hermanos—. ¡Ah! Y te pido que, cuando yo esté hablando, papá no meta el pico”. Y es que, en efecto, Vicente, además de tozudo, era conversador infatigable y algo aca-parador.



A MEDIADOS de enero, Amparo recibió la noticia de la muerte de su madre. Inevitablemente, tuvo que regresar a Ecuador. Fabián, el jefe de Vicente en la fábrica de neumáticos de Cuenca, trató de consolarlo por teléfono apelando a su vigor: “Dios pone pruebas a quien puede soportarlas”. También —le faltó añadir— pone en su vida instrumentos providenciales de su presencia: en la Clínica Universitaria de Navarra, Vicente halló el apoyo anímico que hasta entonces no había encontrado, también

el sostén en medio de sus estrecheces y penurias. Lo pusieron en contacto con esas gentes que han hecho de la donación al prójimo una profesión de fe y entusiasmo que no se arredra ante la magnitud inabarcable de su empeño, gentes ungidas para predicar con obras la buena nueva y sanar los corazones quebrantados. La Asociación Española contra el Cáncer le facilitó alojamiento en uno de sus pisos; a través de una monja de las Esclavas del Divino Corazón consiguió que desde Cáritas le proporcionasen una asignación mensual que él completaba haciendo la limpieza en una carnicería; en la parroquia de San Miguel conoció a una mujer samaritana, Rosa Martín, que lo invitaba a comer a su casa y se haría cargo del niño tras la operación, cuando él no pudiera atenderlo; en don José Luis Díaz, un capellán de la Clínica, encontró luz en las horas más negras. Dios estaba en cada una de aquellas criaturas que hacían más liviana su pesadumbre.

También estaba en los médicos de la Clínica, en las enfermeras y demás personal de la Clí-

nica, tozudos como el propio Vicente en su afán por salvar la vida de Leandro. El doctor Mikel San Julián, autor de aquel artículo que Vicente se había topado en sus navegaciones por internet, fue el encargado de operar al niño el 20 de febrero de 2007; el doctor Luis Sierrasesúmaga, que había atendido a Vicente en aquella conversación telefónica trasatlántica cuando todo parecía perdido, el encargado de supervisar su tratamiento. Para Vicente, eran obradores de milagros, ángeles de incógnito que habían descendido a la tierra para conjurar el imperio de la muerte. Quizá no le faltase razón; quizá el mundo esté secretamente habitado de ángeles que no saben que lo son, mensajeros de una encomienda que mantiene erguida la esperanza. Quizá los médicos que curaron al niño, como las enfermeras que lo velaron, como los biblianejos que apoquinaron sus ahorros para sufragar la expedición de Vicente y Amparo a Navarra, fuesen para la insondable divinidad ángeles de incógnito confabulados en una empresa mínima y gigantesca. Porque cada vida

que esos ángeles salvan evita que perezca el mundo.



HE bajado a la sala de rehabilitación donde Leandro ejercita la pierna que unos meses atrás estuvieron a punto de amputarle. Es una pierna en la que el dolor ha dejado su escritura: la cicatriz que la enfermera acaba de frotar con un ungüento asoma en su piel como una dentellada pálida.

—¿Es ahí donde te mordió la araña? —le pregunto.

Leandro me mira fijamente y asoma una lengua pícaro entre los labios. Algo parecido a la vanidad cabrillea en sus ojos.

—¿Y tú por qué lo sabes? —me pregunta.

—Porque se nota que esa pierna tiene superpoderes.

Sonríe sin rebozo, pero de inmediato me solicita con un gesto discreción: no conviene divulgar su verdadera identidad. La enfermera ya le ha puesto otra vez los pantalones del chándal.

—¿Quieres ver mis superpoderes?

Asiento pudorosamente, con esa delicadeza que se presupone en quien está a punto de compartir tan precioso secreto. Leandro le pide a la enfermera que le lance el balón y le propina una patada con la pierna convaleciente, arrojándolo contra la pared del fondo. Intento atraparlo al vuelo, pero no llego a tiempo. Leandro se troncha de la risa.

—¿Qué pensabas? ¿Que iba a tirártela a las manos?

La enfermera repite la operación hasta una docena de veces. Todas mis estiradas resultan vanas o demasiado torpes. Desde que iniciara su rehabilitación, Leandro ha recupe-

rado el gozo del juego, ha recuperado también las ganas de reír; y lo hace de un modo franco y estrepitoso, como si deseara espantar los padecimientos de un pasado que se pierde en la argamasa del olvido. Sus cuatro años restallantes de vida no están dispuestos a guardar memoria de la pesadilla.

—¿Y qué piensas hacer cuando ya estés del 56 todo bueno?

—Volver a Biblián con mi papá. Hace mucho que no veo a los ñaños.

De la mano de la enfermera camina por la sala de rehabilitación y se monta en un cochecito que debe impulsar con sus propias piernas. Así, mientras ejercita el miembro convaleciente, cree estar jugando. El doctor Sierrasesúмага me ha confiado que, con el tiempo, su cojera apenas será perceptible; quizá tenga que operarse en el futuro para alargarse la pierna, pero podrá desarrollar una vida normal, olvidada para siempre de aquella carcoma que un día amenazó con devorarlo. En un santiamén,

Leandro se ha escabullido y avanza por el pasillo.

—¿Y piensas llegar a Biblián montado en ese coche? —le preguntó, persiguiéndolo.

—No, porque en medio está el mar.

Se detiene por un momento en su avance, como si hubiese adivinado que no tengo resuello suficiente para seguirlo.

—¿Y qué harás entonces?

Leandro chasquea la lengua, con condescendencia y algo de recochineo:

—¿Pero ya lo has olvidado? ¿No te he dicho que tengo superpoderes?

Me dirige una última sonrisa traviesa, antes de reanudar la marcha. En sus ojos que apenas parpadean, que tratan de entenderlo todo, se agolpa un futuro innumerable.

Agradecimientos

Quiero expresar mi reconocimiento a las personas que hicieron posible la reconstrucción de esta historia: al paciente y hospitalario Jesús Zorrilla Ruiz, director del departamento de Comunicación de la Clínica Universitaria de Navarra, que me esperó hasta el último momento; a su director general, José Andrés Gómez Cantero; a su director médico, Francisco Javier Álvarez-Cienfuegos; a los doctores Luis Sierrasesúmaga y Mikel San Julián; a Ana Villanueva, supervisora de planta; a Pilar Miqueleiz y Margarita Arrieta, enfermeras; y a José Luis Díaz, capellán de la Clínica.

Y, por supuesto, a Vicente Calle, tozudo y memorioso. Y a su hijo Leandro, que ha conquistado el futuro (y tiene superpoderes).

Historia clínica

El niño **Vicente Leandro Calle Barreto** fue diagnosticado en Ecuador, en noviembre de 2006, de un osteosarcoma tras un curetaje con injerto óseo por sospecha de posible quiste óseo.

El 2 de enero de 2007 acudió a la Clínica Universitaria de Navarra. Comenzó a recibir quimioterapia intrarterial y endovenosa pocos días después. El 6 de febrero se le realizó un tratamiento quirúrgico mediante la colocación de un fijador externo en la tibia izquierda para la realización de la distracción fisaria. El día 20 del mismo mes se llevó a cabo la cirugía de resección tumoral y el injerto óseo. Con posterioridad, recibió tres ciclos de quimioterapia endovenosa. El 26 de julio se le retiró la fijación externa. Durante agosto acudió a sesiones de rehabilitación. El 5 de septiembre se realizó la primera revisión postratamiento, que resultó normal.

El 12 de octubre regresó a Ecuador.

Sobre la colección

Toda la labor asistencial, docente e investigadora que se lleva a cabo en la **Clínica de la Universidad de Navarra** se centra en el paciente. Esta colección no pretende ser una recopilación de casos médicos sino un homenaje, a través de sus historias, a las personas que sufren la enfermedad y que, paradójicamente, sacan gracias a ella lo mejor de sí mismas.

Colección Historias de la Clínica

Títulos publicados

- | | |
|---------------------------------|------|
| 1. La pierna de Peter Parker | 2007 |
| Juan Manuel de Prada | |
| 2. El clarinetista agradecido | 2008 |
| Soledad Puértolas | |
| 3. Noticias de la nieve | 2009 |
| Gustavo Martín Garzo | |
| 4. La batalla de todos los días | 2010 |
| José María Merino | |
| 5. Canto a la vida | 2011 |
| Mercedes Salisachs | |
| 6. Todo suena | 2012 |
| Lorenzo Silva | |



Clínica
Universidad
de Navarra

www.cun.es

historiasdelacun.es